

el punto flaco de cada alumno y no vacilaba en decírselo. Por lo que muchos le temían y se esforzaban por corregirse.

Me cautivó su temperamento de gallego indomable y tomé con él todas las materias que enseñaba además de la fonética: Latín clásico, Gramática histórica, el *Quijote*.

A veces, olvidaba su papel de profesor severo y nos contaba anécdotas divertidas de su infancia en Orense: de cómo los niños le habían puesto el mote de *la Vaca* a un profesor que pronunciaba la uve como si fuera labiodental. Para, de inmediato, recuperar su carácter pedagógico y explicarnos que ese ejemplo probaba que, en castellano, *be* y *uve* son ambos sonidos bilabiales y que cualquier otra forma de pronunciarlos era signo de afectación o de ignorancia.

Otras veces se volvía nostálgico y era presa de la morriña. Nos describía el paisaje gallego y nos recomendaba que leyéramos a Rosalía de Castro o a Emilia Pardo Bazán. No sé por qué siempre he recordado el nombre de un monasterio que, para él, era el lugar más bello del mundo: Santa Tecla. Recuerdo haberlo apuntado en el cuaderno de clase y haberme prometido que el día que fuera a España visitaría ese monasterio. Promesa que aún no he cumplido.

De cada maestro se aprende algo que queda para siempre en la memoria. De él heredé, ahora me doy cuenta —pues nunca antes había pensado en ello—, no sólo el gusto por el sonido de la palabra, sino la manía de llevar un desgastado maletín de cuero a toda clase o conferencia donde voy.

Para mí, el profesor Amancio Bolaño significó el amor por la enseñanza, la firmeza de los principios, la dignidad profesional y la satisfacción de saber que la lección cotidiana había sido transmitida. Aún veo, por el corredor central de la Facultad, su figura de caminar pausado.

## Guillermo Bonfil Batalla

*Valquiria Wey*

Cuando falleció, en 1992, a los cincuenta y seis años de edad, Guillermo Bonfil Batalla había logrado reunir una de las más importantes obras de la antropología social mexicana de este siglo.

Entre muchos otros libros, había publicado en 1987 *México profundo*, un gran ensayo sobre la escisión cultural y civilizatoria de México, un libro llamado a formar parte del conjunto de obras fundamentales que un siglo hereda a otro como testimonio de sus grandes desafíos in-

telectuales. Insensible a la retórica indigenista oficial, riguroso en sus observaciones de campo, con una sensibilidad cercana a lo poético para localizar las regiones dolientes de la marginación de los pueblos indios frente a los dominadores, Bonfil se atrevió a plantear en esa obra, y en ensayos posteriores, la existencia de formas no verbales de transmisión cultural, una verdadera historia no escrita de la negación y el silencio. Frente al México “profundo”, un México “imaginario”, que convierte la imposición de una civilización ajena en un proceso natural e inevitable de avance histórico. La riqueza potencial de la pluralidad cultural mexicana, afirma, se neutraliza en razón de la forma asimétrica de esa estructura dual que subyace a la diversidad.

Dentro de las políticas gubernamentales para la cultura, Bonfil fue un funcionario de excepcional importancia. Modificó sustancialmente, como director, los objetivos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, dándole su proyección actual. Ideó y realizó el Museo Nacional de Culturas Populares, consolidó la investigación en la dirección del CIESAS y creó algunos de los proyectos más sólidos en la Dirección General de Culturas Populares y en el Seminario de Estudios de la Cultura, mismo que fundó.

Fue profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, de la Universidad Iberoamericana y colaboró con Darcy Ribeiro en la creación del posgrado en Antropología en la Universidad Federal de Río de Janeiro. Se enorgullecía de haber sido investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y profesor de nuestra Facultad, donde obtuvo su doctorado en 1970 con un trabajo original y polémico, hoy publicado en el libro *Cholula, la ciudad sagrada en la era industrial*, bajo la orientación de Paul Kirchhoff.

Bonfil ejerció una enorme influencia sobre varias generaciones de antropólogos e historiadores, sobre todo los más jóvenes. Quienes tuvimos el privilegio de conocerlo podemos dejar constancia de que ese gran ascendiente rebasaba los límites de su obra y que se debía en gran medida a su forma admirable de relacionarse con los demás y con la vida misma: su sintonía con lo humano en todas sus manifestaciones y representaciones, su constante actividad, su autenticidad y humor, que hicieron de él una de las personalidades más apreciadas y respetadas de nuestra época.